

POEMAS

MANOLO PADORNO

MI VECINO HINDU

Tú que vives al lado de mi bazar,
me dijo el otro día el comerciante
hindú, que ves lo atiborrado de cosas
que lo tengo —casi no puede darse
un paso, ya no sé cómo colgarlas—
estoy enormemente preocupado, dijo
por algo que me gustaría que tú

precisamente me aclararas: ¿cuándo
tú cruzas por delante del bazar
ves algo? ¿todo lo que hay? ¿todo
lo que tengo? Al elegirme
a mí —pensé— por ser vecino, dije,
deseas conocer perfectamente
tu propia mercancía:
el ruido no corresponde.

BAZAR DEL COMERCIANTE HINDU

Aquella tienda precisamente
vendía siempre algo. Cuando todo
el mundo dormía resulta que iba
él, el indio, y abría. Uno decía
entonces: *habrá llegado un barco.*
Pues al cabo de un rato, justamente
llegaban taxis con turistas. Y bajaban.
Entraban al bazar abierto
y él, entonces, les vendía *de algo.*

*Ellos, dijo un día el indio mientras
paseaba por Las Canteras, compran
lo que sueñan.*

*Se llevan
lo que sueñan: no ven
nunca el bazar vacío:
es mi negocio.*

INDIA, INDIA

India, India, vitral que se derrama
solamente de día, mientras duerme
el campesino diurno zodiacal, solitario
ara la noche, siembra a oscuras, siega
con los ojos abiertos, bajo el sol
y allá en el mediodía caudaloso fluye
la piedra comenzada, a diario
la embarcación y su metal acuoso
en el borde del mar que cruza, se hunde
el caminante ramo que, hacinado
la muchacha descalza se lo bebe,
el racimo de fuego va despacio,
pero su lento paso bien dotado
de persuasión, a la que se añadía
alrededor la luz de la mañana,
el palmeral, la vaca rumorosa
(que retorna), la lluvia racheada
sobre la geometría del espacio,
la mesa reclinada, sumergida
en la fermentación de la tibieza,
el objeto derrama su oleaje
para sobrevivir entre los dioses
de la luz, en el paisaje desleído
encima de tan larga travesía
necesitada; aquel final asedia
alguna cita sin lugar alguno
hasta encontrarse siempre, en la bahía
el árbol amarillo desplegado
India, India, tu llama amanecía.

EL HINDU OCCIDENTALIZADO

El hindú occidentalizado va, mira el fondo, lo ve al trasluz, lo pesa, lo sostiene, valora el contenido y, profesionalmente, pone precio.

Le pone precio a lo invisible que se ve, él, el único que sabe valorar una mercancía procelosa, distinta, souvenir de unas islas de paso al continente.

Le pone precio. El sabe lo que hace. El único que sabe lo que hace cuando coge un objeto entre sus manos y lo ve.

El es un comerciante. Sabe de eso en la contemplación del mundo, él solo decide qué vale lo que no se ve.

EL HINDU DA DE BEBER

Actualmente se sabe con certeza qué mercancía es mala, qué la buena no hay más que verla encima, ante los ojos: *una manera de enseñarla.*

El hindú la conoce bien. El sabe que tiene que vender solamente oro puro barato, baratijas de piedra preciosa, collares de coral rosa.

Pero él sabe también, desde siempre (tenga valor o no su mercancía) que todo es *falso*; y él, su comerciante.

El abre su comercio, de par en par, y el turista llega presuroso a abreviar un recuerdo. Y se lo bebe.

Manuel Padorno. Foto: Ignacio Pérez Aguiar.

EL INDIIO QUE PASEA

El indio que pasea por la playa en este atardecer naranja lleva andar despacio, cabizbajo, lejos como si caminara en otro sitio

¿por dónde?, en un paisaje interminable. Un paisaje de olor tan vegetal que derrama las hojas de los árboles según se va adentrándose en la luz.

Cae la luz en el mar y plañe. desparrama el rumor alrededor, abre la especia, escancia las esencias.

El indio que pasea por la playa vuelve de pronto a la realidad, baja la grada, va dormido, sale.



EL BAZAR INDIO

Hay de todo en la tienda: visible
e invisible: el indio lo comercia:
lo que se ve y lo que no se ve también.
Es el bazar hindú de la calle Albareda.

Cuando pasé delante un día, el indio
me preguntó *qué es lo que yo veía*.
El bazar está lleno de objetos,
de mercancía, *pero también está vacío*.

Está lleno de cosas que la gente
ve, desea, compra, se las lleva.
El objeto real de la ilusión.

El indio cierra su bazar, de noche
y sale a pasear por Las Canteras
(a la orilla del Ganges), como afuera.

LA CESTA DEL MAR

El comerciante hindú, acicalado
vestido a la europea, conveniente,
abre el bazar muy de mañana, al lado
del Mercado del Puerto. Mira, enfrente

al infinito, el muelle prolongado
un puente inmenso, punta del saliente
que llega desde el alba, colocado
sobre la mar, de piedra transparente.

Un taxi se detiene; lento baja
una pareja de extranjeros: miran
los objetos. Primeros al entrar

esta mañana ignoran qué rebaja
el indio habrá de hacerles. Se retiran
llevando el agua en la cesta del mar.

EL CREMATORIO JUNTO AL MAR

El hindú vende sólo un elefante
invisible, también junto a la vaca
enmarcada la nube figurante;
del río religioso se destaca

el paisaje, de leña ya humeante,
el crematorio donde el perro ataca
los restos de ceniza en adelante;
erecto Buda complaciente saca

un brazo de la nada, por abajo
del tul (esencia encubridora) y abre
su mano al derramar rosas anuales.

Hindú canario que camina bajo
el sol de Las Canteras abra, labre
el devenir de las rosas iguales.

EL SOUVENIR

El hindú comerciaba diligente
con todo: no hay nada que no venda
cada día; lo mismo un pez luciente
que un pájaro de nácar falso. Tienda

del asombro, bazar del humo frente
al mar (debajo de la ola), ofrenda
un buda de cerámica paciente
encima la repisa; cada prenda

en su sitio, el sándalo oloroso,
la seda cruda, el hilo que se viera.
El indio está a la puerta. Ve salir

un turista perdido, presuroso.
Lo para; lo seduce su manera:
errante llevará su devenir.

EL GURÚ SALE PUERTAS AFUERA

Vitral que se derrama lentamente
el hindú lo maneja día tras día
en la fachada de su casa, enfrente
según la luz que la mañana abría.

El hindú conventual, de cal, al frente
de la parroquia, doble celosía
del Puerto de la Luz; el oferente
cristal coloreado se deslía.

La Isleta recamada baja, puerto
del Océano Atlántico, repisa
donde corre la gente, vocífera

silencio en cada esquina, abierto
al mar, esta mañana de la brisa
el gurú sale por la puerta afuera.

DESNUDO

No sé qué significa ver
casi nada. Oír casi nada.

Ni siquiera oír algo, ver
algo: nada. Ni siquiera

ser indio, ser de la India;
ver nada, purificarme, ver

en la más absoluta oscuridad,
donde no se ve nada, nada

que no se ve, nada parecería
entonces ver algo, algo

en el río brumoso, el día
acostumbrado desde siempre

casi soy (de) esa religión.
Desnudo. Veo algo casi.

Algo que no se ve como
despacio, entre tinieblas.

NOTICIA BIOBIBLIOGRAFICA DE MANUEL PADORNO

Manuel Padorno nace en la Islas Canarias en 1933. Autodidacta. Poeta y pintor. Aborda, como escritor, una "nueva" narratividad lírica; trabaja sus "estructuras poéticas" en la analogía, que le llevan, junto al rigor, "perfección" del verso y sentido autocrítico, a construir una obra única y personal. Obtiene un accésit del Premio Adonais de Poesía 1962, es Premio Canarias de Literatura 1990 y Premio Nacional Pablo Iglesias de Letras y Pensamiento 1991. Reside actualmente en Las Palmas de Gran Canaria.

Obra poética publicada: *Oí crecer las palomas*, 1955; *A la sombra del mar*, 1963; *Papè Satán* (breve antología), 1970; *Coral Juan García* (plaquette), 1977; *Una bebida desconocida*, 1986; *El naufrago sale* (que reúne tres libros de poesía): *Una bebida desconocida* (2.ª edición), *El animal perdido todavía* y *En absoluta desobediencia*, 1989; *El hombre que llega al exterior*, 1990; *El nómada sale* (antología 1963-1989), 1990; *Desnudo en Punta Brava*, 1990; *Una aventura blanca*, 1991 y *Égloga del Agua*, 1991 y (segunda edición corregida y aumentada) 1992.

Padorno, desde su juventud, claro exponente del espíritu de su tiempo, poeta marginal de la literatura española, es un nómada de la periferia cultural europea. Forma parte, en las Canarias post-bélica, de un grupo de vanguardia con el pintor Manolo Millares y el escultor Martín Chirino, marchando seguidamente a Madrid. Ya desde *A la sombra del mar*, libro inaugural, construye un telos insular atlántico, europeo, enraizado en el espacio del mito, en el objeto "religioso" y la cultura de su época; el deseo amoroso, erótico, de un cuerpo de agua, la metafísica de la luz y un decidido adentramiento en lo invisible. Poeta de tenso y arriesgado lenguaje, su escritura no sólo cuenta sus vivencias sino también "lo que no ha vivido, lo que desconoce, lo que ignora, lo que no se ve". Trata de transparentar lo invisible, "ampliar" el silencio. "La poesía siempre intenta saltar al vacío: sensato vértigo infinito", dice Padorno. Cruzar el límite. Adentrarse en la espesura, sajar la esfera lúcida y salir afuera, entrar al otro lado. Al mundo exterior. Respirar lo invisible. Y desvelarlo. La poesía trae algo distinto, de allá. Tallada palabra en la analogía. "Ampliar el silencio. Algo que comienza cada poco a oírse, a verse, el árbol de luz de la mañana, el cuerpo carnal de agua".

Égloga del Agua, su último libro publicado, es buena muestra de ese largo viaje mental, de mirada distinta, jubiloso y fugitivo, donde "respirar —dice María Zambrano— las aguas primeras, límpidas, puras, de la creación". Esa gran alegría respirada, cuya epifanía historia el poeta en sus notas "El contenido vacío".